

ANTONIO DE QUINTANILLA Y LOS ÚLTIMOS DE AMÉRICA. UNA EPOPEYA POCO CONOCIDA

José Alberto FERNÁNDEZ RODERA
Magistrado de la Audiencia Nacional
Comandante auditor de la Armada (exc.).



ESPUÉS de un apasionante viaje a Chile, aún bajo la impresión de todo lo visto en ese gran país y lamentando lo mucho que, por desgracia, hubo que orillar en la visita por falta de tiempo, no puedo evitar la reseña de una figura histórica poco conocida, protagonista del último arriado de nuestro pabellón en la América continental, Antonio de Quintanilla y Santiago. Su trayectoria aventurera de seguro que en otros pagos inspiraría algún producto del séptimo arte o numerosos estudios en profundidad, aunque es reconfortante que en la República hermana sea sobradamente conocido, si se atiende a las publicaciones y folletos que allí tuve oportunidad de manejar. La verdad es que Chile es un ejemplo de cómo se puede mirar el pasado con un sano patriotismo, sin exacerbaciones localistas que renieguen de la raíz hispana, de lo que son exponente las constantes referencias, muy respetuosas y hasta admirativas, de personajes como Almagro, Valdivia, Magallanes, Ladrilleros o Sarmiento de Gamboa.

Ante todo quede claro que no soy historiador, como bien podrá advertirse en las modestas líneas que siguen, pero en la actualidad la investigación de fuentes tiene en la red una herramienta que permite al lego efectuar osadas incursiones e terrenos ajenos. Confío en la benevolencia del lector.

Antonio de Quintanilla nace en la localidad cántabra de Pámanes en 1787. Emigrado a Chile, se dedica al comercio hasta que, una vez producida la insurrección contra España, ingresa en el ejército. Participa en las batallas de Yervas Buenas, San Carlos, Areagada, Chillán, El Roble, Rancagua, Las Coimas o Chacabuco, en el periodo 1813-1817, dando muestras de valor y dotes de mando y organización. En una primera fase de la guerra, en la que los realistas doblegan a los independentistas, conocida como de la Reconquista, toma contacto con unas tropas procedentes de la Provincia de la que años más tarde será gobernador: las constituidas por los esforzados y valientes chilotes, que desde 1812 se convierten en decididos «defensores del rey»,

TEMAS GENERALES



Vista de la costa W de la isla Grande de Chiloé.

fecha en la que, según el Cabildo de Castro, capital de la isla grande de Chiloé, «en lo más riguroso del invierno expedicionó sus soldados, que por un camino el más intrincado y trabajoso lograron sorprender a Osorno en el mes de junio... y someterla a la debida subordinación de V. M. y pasando de allí inmediatamente a Valdivia ocuparon igualmente esta Plaza poniendo a ambas a disposición del Excmo. Sr. Virrey del Perú».

Quintanilla conoce entonces, decíamos, a las tropas chilotas, compuestas por el Batallón Veterano de San Carlos, el Cuerpo de Milicianos de Castro y una brigada de Artillería, con 120 artilleros y 8 cañones, que mandadas por el brigadier Antonio Pareja, enviado tiempo atrás por el virrey desde Perú a Chiloé, habían desembarcado en Valdivia, conquistando posteriormente Concepción. Da idea de la lealtad a la Corona de los isleños el que el Cabildo de Castro se refiriera a las juntas americanas como «juntas perversas» que atentaban contra la «sagrada persona de Su Magestad», entonces retenido por Bonaparte, a quien llaman «sacrílego tirano», acusando al Chile insurgente de haberse separado «de los más sagrados deberes negando a V. Magestad la obediencia que le había jurado». En total, millar y medio de insulares, lo que supone que la mitad de las tres mil familias que entonces habitaban Chiloé tenían maridos o hijos luchando en territorio continental, incluso en el lejano Alto Perú (Bolivia), reforzando el ejército realista peruano.

En 1814 participa Quintanilla en la batalla de Rancagua, en la que los independentistas sufren una estrepitosa derrota, recuperándose Santiago y el

control de prácticamente todo el territorio. Sin descanso, en compañía de Elorreaga, se dirige a los Andes para cerrar el paso a los independentistas que habían buscado refugio en la argentina Mendoza, librando con éxito diversas escaramuzas.

En 1817 cambian las tornas. El llamado «Ejército Libertador», formado por argentinos y chilenos, cruza los Andes al mando de O'Higgins, derrotando a los realistas primero en Chacabuco y definitivamente en Maipú. Quintanilla participa en la primera batalla y zarpa a Chiloé en la fragata *Palafox*, con el nombramiento de gobernador y comandante general de la provincia. Los partidarios del rey abandonan Santiago y se dirigen a Lima, Valdivia y Chiloé. Parece que a estos dos últimos destinos viajaron 1.100 personas, vía marítima, entre ellas numerosas mujeres.

Nuestro protagonista se encuentra entonces, sin prácticamente recursos, en una isla muy al sur, con un archipiélago anejo, concretamente a unos mil cien kilómetros de Santiago, ya en poder de los insurgentes, aún mucho más lejos de Lima, sede del virrey, más o menos al triple de distancia; y qué decir de la metrópoli, lejanísima, devastada por la guerra contra Napoleón y con los restos de la escuadra reducidos a la impotencia. La isla descubierta en 1558 por García Hurtado de Mendoza, en una expedición en la que participó Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana*, y denominada por el capitán Martín Ruiz de Gamboa en 1567 Nueva Galicia, era y es un paisaje bellissimo, con abundantes prados y bosques que recuerdan a nuestro norte peninsular. El estrecho



Cañón emplazado en el castillo de San Miguel que protegía el estrecho de Chacao.

TEMAS GENERALES

de Chacao la separa del cercano continente, pero éste se encuentra cubierto de masas boscosas, entonces casi impenetrables, y con arriscadas poblaciones indígenas, que no serían sometidas plenamente por Chile hasta bien entrado el siglo XIX. Por tanto, la comunicación más fácil con zonas civilizadas o amigas era la marítima, y eso tras largas travesías.

No se arredra, y decide entonces practicar el corso, a raíz de un acontecimiento que resultó providencial. Un bergantin, que había zarpado de Guayaquil (Ecuador) a California con un cargamento de cacao, sufrió el amotinamiento de su dotación, que forzó el rumbo a Chiloé para unirse a los realistas. Una vez arribada a la isla, se le instalaron dos cañones de ocho en corredera, a proa, y seis cañones cortos, a popa y costados. Reforzada con un oficial y 16 soldados, víveres y municiones, emprendió, con el nombre de *General Quintanilla*, su campaña, con éxito, pues apresó varias embarcaciones, calculándose en trescientos mil pesos el valor de lo aprehendido, lo que permitió pagar a la tropa, a las milicias y a las familias chilotas.

Asimismo se otorgó patente de corso a otro buque, un bergantin de 12 cañones, llamado *General Valdés*, en honor a quien mandaba el Ejército español en Perú. Este segundo bergantin apresó la fragata *Mackenna* en la que navegaban trescientos soldados y la plana mayor del ejército insurgente, derrotados en Moquegua por los realistas. Esta fragata arriba a Chiloé, pero el *General Valdés* se hunde en un temporal, pereciendo todos sus ocupantes, incluidos los jefes independentistas hechos prisioneros.

Los corsarios a los que Quintanilla libra patente desarrollan una gran actividad, capturando numerosos buques enemigos, también neutrales con bandera del Reino Unido, Francia y Estados Unidos. Esta última potencia decide enviar a la zona el *Franklin* y la goleta *Amanda*, pero los corsarios realistas consiguen eludirlos.

Está documentado que en marzo de 1824 arribó a San Carlos, hoy Ancud, la corbeta británica *Mersey*, cuyo comandante Ferguson reclamó la devolución de dos buques apresados de su nacionalidad. Treinta años más tarde, Edward Harris, encargado de negocios de su Graciosa Magestad en Chile, relató al historiador Barros Arana cómo siendo guardia marina a bordo del *Mersey* participó en los hechos, siendo recibidos con la más exquisita cortesía y obteniendo la devolución interesada sin problemas.

La frenética actividad de Quintanilla también se centra en velar por el bienestar de los isleños, aun siendo las circunstancias muy adversas, incluso procurando la escolarización de los niños chilotos. En el plano militar rechaza un primer intento de invasión por parte de Cochrane, marino inglés al servicio de Chile, en la boca del canal protegido por el castillo de San Miguel de Ahuí o Agüi, y se permite auxiliar a otros enclaves realistas en el Pacífico, enviando el bergantin artillado *El Chilote* con tropas al virrey del Perú y otro buque con algunos oficiales, municiones y cañones al coronel Benavides, que aún combatía por España en la frontera de Arauca.

En 1824, el Gobierno del general Freire decide acabar de una vez con el problema, organizando una expedición de cinco navíos y cuatro transportes de tropas, un total de 2.149 efectivos. Pero el bastión realista estaba prevenido, ya que el *General Quintanilla* había trasladado a San Carlos a tres buques apresados, entre los que estaba la fragata norteamericana *Hurón*, cuyos marinos informaron de un inminente intento de invasión. Las prevenciones adoptadas, los rigores del clima y, por supuesto, el revés de Mocopulli dan al traste con la operación, en la que se produce la varada y pérdida de la corbeta chilena *Voltaire*. Vuelve a las andadas el corsario *General Quintanilla*, que apresa el bergantín francés *Vigie*, muy al norte, en la latitud de Arica, pero a su vez es apresado por la Armada gala, que lo entrega como compensación a los armadores del *Vigie*, concluyendo así sus extraordinarias campañas.

El brigadier José Ramón Rodil, último defensor de los fuertes de El Callao, de Perú, en carta al ministro de Guerra en el mismo año 1824 y refiriéndose al reducto del sur, decía: «Siempre aquel archipiélago se conservó fiel por nosotros cubriéndose de gloria sus habitantes cuantas veces los atacaron los enemigos». Ese mismo año se libra la batalla de Ayacucho, que sella la presencia española en América, pero Chiloé continúa leal trece meses y once días más, hasta mediados de enero de 1826, cuando una nueva invasión de Freire, con 2.500 hombres, derrota a Quintanilla, que opone el «Batallón Veterano», la «Compañía de Artillería» con cuatro cañones y 400 milicianos granaderos y lanceros en los combates de Pudeto y Bellavista. Curiosamente, el mismo día de la capitulación se produce la de las fortalezas de El Callao.

La capitulación se formaliza en el Tratado de Tantauco, elaborado en el fuerte de San Antonio, ejemplo de caballerosidad por parte de los vencedores, que hacen gala de un espíritu magnánimo con los que durante nueve años han dado un inolvidable ejemplo de valentía y lealtad: el pueblo isleño, las tropas realistas y su inteligente jefe, el coronel Antonio de Quintanilla. Merece la pena reproducir su tenor, a todas luces modélico:

«El Excelentísimo señor, Supremo Director de la República de Chile, don Ramón Freire, General en Jefe del ejército expedicionario sobre Chiloé.

Sensible a los clamores de la humanidad, y especialmente interesado en razón de la autoridad suprema que le han confiado los pueblos, en hacer cesar los males de la guerra que ha afligido a los habitantes del archipiélago, invitado por el General en Jefe del Ejército Real, don Antonio de Quintanilla para celebrar una capitulación, a que es movido por el sentimiento de la imposibilidad de sostener por más tiempo a esta provincia en la dependencia del Rey de España, después de los muchos esfuerzos que inútilmente ha practicado con este fin; y determinado últimamente por la necesidad de conciliar su honor y el de todos los individuos de su ejército con la situación a que le ha reducido la victoria conseguida en Bellavista por las armas de la patria el 14 del corriente, ha nombrado al primero de los infrascritos el Coronel del Batallón



Inscripción del monolito conmemorativo de la batalla de Mocopulli.

N.º 4, don José Francisco Gana y al Auditor de Guerra y Secretario General don Pedro Palazuelos Astaburuaga, para que examinados los artículos que propusieron los nombrados por el segundo, que son el Coronel de infantería de línea don Saturnino García y el Coronel de milicias y Alcalde de primer voto de la ciudad de Castro don Antonio Pérez, verificasen el tratado contenido, concediendo cuanto sea compatible con el bien común y dignidad de la República de su mando, lo cual después de can-

jeados sus poderes, dichos comisionados han cumplido suscribiendo los artículos siguientes:

Artículo 1º. La provincia y archipiélago de Chiloé, con el territorio que abraza y se halla en poder del ejército real, será incorporado a la República de Chile como parte integrante de ella y sus habitantes gozarán de la igualdad de derechos como ciudadanos chilenos.

Artículo 2º. Serán entregados a disposición del General en Jefe del ejército expedicionario de Chile, todo el armamento, municiones y banderas, como también las baterías y pertrechos que se hallan en los almacenes del archipiélago, pertenecientes al ejército real.

Artículo 3º. Para llevar a efecto la entrega del armamento, municiones, banderas y demás que se expresan en el artículo anterior, el General en Jefe del ejército real ordenará que sean conducidos por los mismos individuos a los almacenes de Castro y puestos bajo la custodia de dos comisionados, quienes verificarán la entrega con las debidas formalidades a los que nombrase el General en Jefe del ejército expedicionario.

Artículo 4º. Todos los jefes, oficiales y tropa que componen el ejército real, quedarán libres para dirigirse, y fijar su destino en donde más les acomode, sujetándose a las leyes de la República los que quisiesen radicarse en ella.

Artículo 5°. Aquellos jefes y oficiales que quisiesen salir del archipiélago en virtud de la libertad concedida por el artículo anterior, deberán verificarlo en el término de dos meses contados desde la fecha de la ratificación de este tratado, pudiendo conservar el uso de sus uniformes, espadas y sirvientes, durante este término y no más.

Artículo 6°. Los equipajes, propiedades y demás bienes, así muebles como raíces, de todos los individuos del ejército real, serán inviolablemente respetados.

Artículo 7°. Lo serán igualmente los bienes y propiedades de todos los habitantes que se hallan actualmente en esta provincia.

Artículo 8°. Será de cuenta del Gobierno de Chile el transporte a cualquiera de sus puertos de todos los jefes y oficiales, empleados y tropa del ejército real que lo solicitara con sus familias y equipajes, según sus rangos y clases, siempre que lo verificasen en el término de un mes.

Artículo 9°. Serán inmediatamente puestos en libertad todos los prisioneros hechos por ambos ejércitos, y gozarán de los beneficios de esta capitulación.

Artículo 10°. Se echará en olvido y correrá un velo a la conduela que por razón de las opiniones políticas se haya observado hasta el presente por todos y cada uno de los comprendidos en este tratado.

Artículo 11°. Los empleados, corporaciones políticas y eclesiásticas, los jefes y oficiales, los cuerpos de milicias de esta provincia, quedarán en posesión de sus respectivos grados y empleos que actualmente obtienen, si quieren continuar en ellos, como reúnan a juicio del gobierno, la virtud y aptitudes necesarias para desempeñarlos.

Artículo 12°. La guarnición o tropas de continuo servicio que existan en adelante en esta provincia, serán mantenidas a expensas de la República de Chile.

Artículo 13°. Todas las dudas que ocurran sobre la inteligencia del presente tratado, serán interpretadas a favor del ejército real.

Cuyos artículos para la ratificación de las partes contratantes firmaron dichos señores comisionados en el Fuerte de San Antonio, a 18 de enero de 1826.»

Antonio de Quintanilla y Santiago regresa a España. Parece que en un principio sufrió los mismos desprecios e incomprensiones que otros militares retornados, conocidos despectivamente como «ayacuchos», cuya situación recuerda al trato que parte de la sociedad norteamericana brindó a los veteranos de Vietnam. A pesar de eso ocupó diversos cargos, como brigadier del Cuartel de Santander (1827), subdelegado general de Policía de La Mancha (1831) y gobernador de Tarragona (1839). Recibió la Orden de Isabel la Católica

TEMAS GENERALES

lica (1824), la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y la Cruz de la Batalla de Rancagua, entre otras condecoraciones. Fallece en Almería en 1863.

Qué mejor broche a esta aproximación a la gesta de los «últimos de América» (hecha exclusión de Cuba y Puerto Rico, bajo soberanía española hasta 1898) que una estrofa del vigente *Himno a Chiloé*:

«Tus hermanos del norte te admiran
por tu clima, tu cielo y tu sol
por valiente, heroica, guerrera
que fue el último reducto español.»

(Fotos: remitidas por el autor).



FUENTES UTILIZADAS

<http://cantabria.galeon.com>
<http://www.cantabria102municipios.com>
<http://www.armada.cl>
<http://www.historia.uchile.cl>
<http://membres.lycos.fr>
<http://www.mardechile.cl>
Chiloé. Historia. Mitología. Ediciones Víctor Naguil. Ancud, Chiloé, Chile.
Chile. Ediciones Gaesa, Madrid 2001.